

# España, Cuba y mi abuelo

Marisol Díaz Ferrero

España, año 1900. Gobernaba la península el Partido Liberal con Mateo Práxedes Sagasta como jefe de gobierno y la monarquía borbónica era regentada por la reina María Cristina de Habsburgo, madre del futuro rey Alfonso XIII quien ascendería al trono en 1902. A la mitad del año 1900, justamente a las 10 de la noche del 18 de junio, en la pequeña aldea zamorana nombrada Villaobispo de Vidriales, les nació otro varón al matrimonio conformado por Don Gregorio Ferrero Huerga y Doña María Nieves Martínez Fernández. Este niño fue bautizado en la iglesia del lugar e inscrito en Bercianos, Santibáñez de Vidriales, con el nombre de Epifanio y así aparece registrado en el Tomo 11, página 41 de la sección primera. Era nieto por vía paterna de Don Ángel y Doña Cecilia y los abuelos maternos se nombraron Don Felipe y Doña Tomasa.

Don Gregorio era jornalero y María Nieves se ocupaba de los quehaceres de la casa y del cuidado de los hijos. Los esposos Ferrero-Martínez llegaron a tener una prole de seis vástagos, cinco varones y una hembra cuyos nombres eran: Germán, Arsenio, Encarnación, Epifanio, Felipe y Patrocinio.

Aprendió Epifanio las primeras letras bajo la férrea disciplina del maestro Don Ángel, hombre de vasta instrucción y muy mal carácter, cuya máxima pedagógica era



D. Gregorio y Dña María Nieves con sus hijos Germán, Encarnación, Felipe y Patrocinio.

de que “la letra con sangre entra”. Don Ángel llegaba muy temprano al aula y escribía en el pizarrón: ¡Buenos días!, se ponía a leer y a medida que los alumnos iban entrando al aula le decían: ¡Buenos días Don Ángel! Y él, sin levantar la vista de la lectura, con el dedo índice de su mano izquierda señalaba el pizarrón.

Cuando Epifanio tuvo edad y fuerzas suficientes para manejar el azadón, ya había aprendido lo necesario para leer libros, escribir cartas y sacar cuentas, de manera que, por no haber en la aldea mejores empleos, se vio en la necesidad de trabajar con su padre en las labores del campo para ayudar a la manutención de la numerosa familia. Sus ratos de esparcimiento consistían en escaparse a bañar al arroyo Almucera que cruzaba por la aldea y hacer travesuras con los chicos de su edad, sobre todo irse hasta la huerta de “Pelos Tuertos”, un viejo grunón, dueño de una higuera que era la codicia de todos los chicos. Cuando alcanzó la edad juvenil gustaba beber vino en las bodegas con los amigos y primos de su edad; disfrutaba al bailar con las mozas en las fiestas de la vendimia y sobre todo en las fiestas de San Juan, el 24 de junio. Ese día los jóvenes representaban el Don Juan Tenorio de José Zorrilla y Epifanio encarnaba el papel de Ciutti, criado de Don Juan. Muchos años después, cuando ya era abuelo y vivía en Cuba, enseñó a su nieta Marisol los diálogos de Ciutti y Buttarelli y cada noche del 24 de junio, abuelo y nieta representaban en casa el Acto del Tenorio para deleite de la familia.

En 1914 estalla la Primera Guerra Mundial y aunque el gobierno español se declaró neutral, este conflicto bélico afectó a España lo mismo que al resto de las naciones. La subida de los precios de las mercancías básicas propició el mercado de contrabando y con ello el enriquecimiento de algunos sectores de la sociedad, pero empobreció aún más a las clases desposeídas, sobre todo a los jornaleros de los campos de Castilla. En 1920 la situación económica de la familia Ferrero era sumamente difícil; a esto se le agregó que dos de sus hijos estaban en la edad del servicio militar y por miedo a que el ejército se los llevara a combatir a África, Don Gregorio resolvió enviarlos a Cuba. De manera que, en julio de 1920, el joven Epifanio Ferrero Martínez, recién cumplidos los veinte años, junto con su hermano Arsenio, se hizo a la mar. Atrás quedaban sus padres y demás hermanos, sus amigos y su querida y siempre añorada aldea Villaobispo de Vidriales, pero la esperanza de que su ausencia fuera por poco tiempo hizo que no temiera a la aventura.

Soñaba en regresar con suficiente dinero para ayudar a la familia y luego fomentar la suya propia, pues había una moza, llamada Paloma, a quien amaba secretamente, tan secretamente que ni siquiera Paloma lo sabía. Con esos sueños arribó a Cuba en 1920 por el puerto de La Habana. En ese período gobernaba el país Mario García Menocal. La situación en Cuba era caótica y su

génesis estaba en que, desde 1915, a causa de la Primera Guerra Mundial las inversiones de capital extranjero y el alza del precio del azúcar había propiciado cierto esplendor económico, pero a partir de 1920 la crisis que se venía fomentando alcanzó niveles insospechados: con la bajada del precio del azúcar en el mercado, la banca quebró, los salarios bajaron y muchos obreros entraron en huelga. En medio de esa situación llegó Epifanio a Cuba.

Pasaron pocas horas en Triscornia<sup>1</sup>, pues un paisano que estaba impuesto (*sic*) de la llegada de los hermanos Ferrero a Cuba, los sacó de ese lugar y se los llevó con él para Jovellanos, un pueblo de la provincia de Matanzas, donde tenía una fonda y ahí les dio empleo a ambos. Si bien en principio ganaban poco, al menos tenían un techo donde vivir, alimento seguro y algún dinero en los bolsillos. Ocho años pasó Epifanio en la provincia de Matanzas trabajando en distintos lugares, pues no se quedó por mucho tiempo como ayudante de cocina en la fonda del paisano. Trabajó indistintamente en pueblos de esa provincia como fueron Perico, Limonar y Jovellanos, unas veces en comercios y otras en la construcción.

Su hermano Arsenio volvió a España, pero Epifanio decidió probar fortuna en la región central del país. No quería volver a la aldea casi tan pobre como cuando, ocho años atrás, salió de ella y así que oyendo los consejos de un amigo decidió irse hacia la provincia de Las Villas donde en un pueblito llamado Cabaiguán decía que había trabajo en el sector tabacalero, ya que en esta zona, con sus fértiles y propicias tierras para ese cultivo, habían encontrado asentamiento muchos emigrantes españoles, sobre todo canarios, que desde 1902 llegaron en oleadas a Cabaiguán a través del recién inaugurado Ferrocarril Central. De manera que en ese lugar se podía encontrar trabajo, tanto en las fincas de la periferia en el cultivo y cosecha de la hoja, como en el poblado en los despallillos, escogidas y chinchales<sup>2</sup> donde se procesaban y torcían los tabacos para su comercialización.

El joven Epifanio con sólo 27 años de edad, sin más fortuna que unos pocos pesos en el bolsillo y su pobre equipaje, tomó el tren que lo llevaría, sin él saberlo, a olvidar sus sueños de regresar a España y casarse con Paloma. Llega a Cabaiguán en marzo de 1928 y en un comercio que quedaba cerca del apeadero del ferrocarril, pregunta dónde podría alquilar una habitación. El dueño del establecimiento le indica la dirección de un local que quedaba en el

<sup>1</sup> También conocido como Tiscornia, era el lugar donde esperaban los emigrantes durante un tiempo a que algún familiar o amigo los fuese a buscar y se hiciese cargo de ellos. (N.A).

<sup>2</sup> Pequeños talleres de elaboración de tabacos torcidos que estaban normalmente en casa de familias. (N.A.).

barrio Pueblo Nuevo y ese mismo día ya era inquilino de un pequeño cuarto, donde además, por un módico precio le facilitaban dos comidas al día.

Quiso el azar que su vecino de cuarto fuera también un español, asturiano, que llevaba algún tiempo en Cuba y respondía al nombre de Basilio. El paisano le dio información acerca de los lugares donde podía ir en busca de trabajo y además le habló de una viuda que vivía cerca y que por poco dinero le arreglaba la ropa y se la dejaba impecablemente limpia:

– “¿Cómo se llama esa lavandera?”.

– “Consuelo”, le respondió el paisano.

A la madrugada siguiente salió con Basilio en busca de trabajo y consiguió que lo dejaran de “interino” en una escogida de tabacos, desempacando matules<sup>3</sup>. El trabajo de escogida es mayoritariamente de mujeres, pero en aquella época también laboraban hombres como escogedores. A pocas horas de estar trabajando sus ojos tropezaron con la mirada azul de una criolla rubia, bien plantada y eran sus ojos “los más azules que hubiera visto jamás”. En todo el día no hizo otra cosa, mientras trabajaba, que mirar para donde estaba sentada esa mujer, la que no volvió a levantar la vista de las hojas de tabaco que sus expertas manos escogían con esmero. No pudo verla marcharse, pues él no había terminado cuando ella fue a pesar su tarea.

Esa noche, después de cenar, Epifanio le pidió a Basilio la dirección exacta de la lavandera, pues necesitaba tener la seguridad de que ella estaría de acuerdo en lavarle y plancharle la ropa, además, era preciso saber cuánto le cobraría por el trabajo. Quedaba cerca la casa de Consuelo y en pocos minutos estaba tocando a su puerta. Cuando ésta se abrió Epifanio sintió como si una descarga eléctrica hubiera iluminado la noche. Parada frente a él estaba la escogedora de tabaco, dueña de “los ojos más azules que hubiera visto jamás”. No pudo articular palabra, y ella, atrevida y maliciosa, con una sonrisa que le iluminaba el rostro le dijo:

– “¿Qué pasa gallego, se le trabó la lengua?”.

Consuelo Cañizares Madrigal se había quedado viuda hacía dos años de un hombre con el que tuvo ocho hijos. Cinco días después de enterrarlo dio a luz a una niña a quien puso por nombre Julia, en honor a su esposo fallecido. Trabajaba día y noche para mantener a su numerosa prole. Sus hijas mayores, que aún eran niñas, trabajaban como colocadas<sup>4</sup> en casas de familias pudientes y los más pequeños cuidaban de la pequeña Julia mientras Consuelo trabajaba en la escogida de tabaco. De noche y los fines de semana lavaba y planchaba a clientes que le pagaban muy poco, pero eran unos centavos más con los que podía dar de comer a sus hijos.

<sup>3</sup> Cierta cantidad de manojos de tabaco en rama, dispuestos en un atado. (N.A.).

<sup>4</sup> Empleadas del servicio doméstico. (N.A.).



Epifanio Ferrero Martínez.



Consuelo Cañizares Madrigal.

En septiembre de 1928 Epifanio y Consuelo unieron sus vidas para siempre. Él asumió la responsabilidad de la familia y se convirtió en el padre de aquellos ocho hijos a quienes les dio educación y cariño y de quienes recibió respeto y veneración hasta su muerte. Consuelo era doce años mayor que Epifanio. El 31 de octubre de 1930 la vida lo premió con una hija de su propia sangre a quien le pusieron por nombre Lucila. Nada cambió en la familia con respecto a los hijos, no porque Lucila llevara el apellido Ferrero, su padre la trató mejor que a los demás, pues para todos tuvo siempre la atención que necesitaban y si era necesario, el regaño o el consejo oportuno.

Pasaron los años, los hijos mayores fueron abandonando el hogar y formaron sus propias familias. Los esposos trabajaron muy duro. Él trabajó en labores agrícolas y en el comercio y ella lo hacía en escogidas de tabaco y lavando y planchando ropa ajena. En los últimos años de la década del 30 decidieron mudarse para una finca llamada Cambria, cerca del poblado de Zaza del Medio, pues Epifanio había conseguido un trabajo mejor remunerado en una colonia cañera cerca de esa finca. Viviendo en Cambria inscribieron el nacimiento de Lucila en el Registro Civil de Zaza del Medio, cuando ya ésta con-

taba con 13 años de edad. Durante el tiempo que la familia vivió en el campo, Epifanio trabajó en varias fincas de la zona, una veces como jornalero, otras como contador de caña y otras como vaquero, hasta que en 1948 compró un solar en Cabaiguán, en el Reparto Obrero y ahí construyó una casa de madera y tejas que estaba ubicada en la calle Bartolomé Masó y fue marcada con el número 188. Tomó la decisión de mudarse nuevamente para Cabaiguán porque “las chicas se hicieron unas mozas y a Consuelo se le enfermó el corazón”.



Casa de la calle Masó n° 188 y Epifanio sentado en el portal.

En ese mismo año se hizo socio de la colonia española, asociación de instrucción y recreo que fue fundada en Cabaiguán en el año 1909. Pagaba una cuota de 60 centavos primero y un peso después. Gustaba de ir alguna que otra vez a la colonia a jugar al dominó y conversar con los paisanos. Durante algún tiempo estuvo trabajando en Cabaiguán en labores agrícolas o en escogidas de tabaco. También sus hijas Julia y Lucila trabajaban en el sector Tabacalero pero en los despallillos. Consuelo ya no trabajaba, pues su salud no se lo permitía. Lucila se casó en 1950 y se quedó a vivir en la casa paterna. En 1951 nació la primera nieta de Epifanio a la que le pusieron por nombre Marisol. Julia se casó en 1955 y se fue a vivir a Taguasco.

En 1952 Epifanio comenzó a trabajar en la finca ganadera de Andrés Muzelle donde se desempeñaba como vaquero. Como la finca quedaba distante se iba a trabajar en la madrugada del lunes y regresaba el viernes por la tarde. En ese lugar trabajó hasta 1956 en que pasó a realizar la misma función pero en la finca de un yerno de su esposa Consuelo, en el Jíbaro, un lugar que quedaba cerca del municipio de La Sierpe.

La muerte le llevó al amor de su vida. A Consuelo se le detuvo su enfermo corazón el 19 de diciembre de 1962. Contaba al morir 74 años de edad. La pérdida de su esposa dejó a Epifanio sumido en la más profunda tristeza. Fueron 38 años de una feliz unión, matizada por muchas penurias económicas, pero la

unión conyugal se mantuvo con el mismo calor de los primeros tiempos. Ella y sus hijos le dieron todo el amor, afecto y apoyo de manera que la nostalgia por su tierra y su familia zamorana se le hizo más llevadera.

En 1963 nació la otra hija de Lucila a quien por supuesto, le pusieron el nombre de Consuelo. También en ese año Epifanio tomó la decisión de jubilarse. En 1965 recibió la noticia de la muerte de sus padres. Don Gregorio había dejado de herencia a sus hijos la casa natal y tierras. Epifanio recibió la noticia con mucho pesar y contestó a su hermano Patrocinio que hacía dejación de esos bienes a favor de sus hermanos, pues él tenía todo lo necesario en Cuba para vivir y que además su situación económica no le permitía viajar a España. Después que se jubiló se pasaba la mayor parte del tiempo visitando a los “hijos adoptivos”, pues la casa sin su viejita se le hacía demasiado grande. Gustaba mucho de la compañía de su hija Julia que vivía en el campo y ayudaba al esposo de ésta en el cuidado de los cerdos y las aves de corral.

Epifanio era un ávido lector y llegó a poseer una buena cultura autodidacta. Disfrutaba mucho de conversar largas horas con su nieta Marisol a quien le contaba la historia de España, de su niñez y adolescencia en Villao-bispo y de las cosas que había aprendido en los libros que había leído. Su nieta aprendió primero los límites geográficos de España que los de Cuba. Epifanio le contaba las hazañas del Cid y del Quijote antes de que la niña hubiera aprendido a leer.

Un día de marzo de 1979, estando de visita en La Sierpe, en la casa de



Imagen de Epifanio con 60 años de edad.



Epifanio con 78 años de edad.

una de sus “nietas adoptivas” se sintió enfermo y lo trasladaron para su casa en Cabaiguán. Había enfermado de cáncer de pulmón. Era un fumador empedernido. Durante los meses que duró su enfermedad la casa siempre estaba llena de familiares y amigos que veían a verlo y a conversar con él. Fue perdiendo la vista de cerca y como ya no podía leer, le pedía a su nieta Marisol que le leyera los periódicos y la revista *Bohemia*. Desde su cama de enfermo seguía al tanto de las noticias. Le importaba todo lo que sucedía en el mundo, porque “nada humano le era ajeno”, pero sobre todo de las noticias que procedían de España. Disfrutó como un niño cuando la Masiel ganó para España el premio del festival de Eurovisión.

La noche del 7 de octubre de 1979, víspera de su muerte, como presintiendo que se acercaba el final, pidió que lo sentaran en la cama y recostado a las almohadas le habló a sus hijas y nietas que estaban a su lado. Su voz conservaba la firmeza de sus años mozos:

– “Yo he sido un hombre muy afortunado, porque a pesar de haber vivido la mayor parte de mi vida lejos de mi patria y de mi familia zamorana, a la que no pude ver nunca más, la vida me premió con la mujer de los ojos más bellos que he visto jamás y encima de eso me regaló nueve hijos a cual de ellos mejor. Es verdad que el dinero me faltó siempre, pero amor he tenido para llenar canastas”.

Esa noche parecía tan feliz que volvió a cantar canciones de su tierra como si fuera una serenata de despedida, y así fue. Al medio día siguiente, 8 de octubre de 1979, bajo los efectos de una inyección de calmante, pasó del sueño a la muerte. Su cadáver fue velado en la funeraria de Cabaiguán y fue sepultado la tarde del 9 de octubre de 1979. Sus restos reposan junto a los de su esposa en la parcela nº 7, lote C, cuadro 21 del cementerio municipal de Cabaiguán.

## EPÍLOGO

Desde que mi abuelo enfermó mi madre y yo quisimos avisarles a sus hermanos en España que estaba enfermo de muerte, pero como ignorábamos la dirección, no nos atrevimos a preguntársela a él por temor a que sospechara que tenía cáncer, así que desistimos de escribirles.

Después de su muerte hice una carta al párroco de Villaobispo con el objetivo de saber si aún vivían en ese lugar familiares de mi abuelo, pero no obtuve respuesta. Años después hice igual gestión a través del Consulado de España en Cuba y tampoco tuve éxito, pero quiso el azar que llegara a mis manos la dirección de la Presidenta de la Colonia Zamorana en Santiago de Cuba, la señora Carmen Diéguez y gracias a ella pude escribir al periódico “La Opinión de Zamora” y el periodista Juan Antonio Gil se puso en contacto con



mi familia en Villaobispo y finalmente conmigo en Cabaiguán. Ahí supimos que aún vivía en la aldea un hermano de mi abuelo, Don Patrocinio, y también algunos primos de mi madre. Comenzó entonces una relación epistolar con algunos miembros de la familia y en 1998 viajaron a Cuba dos sobrinos de abuelo, César Ferrero, el hijo de Arsenio, aquel hermano que lo acompañó a Cuba y Elvira Fernández Ferrero, la hija de su hermana Encarnación. Estos primos estuvieron 21 días con nosotros y de ellos partió la idea de invitarnos a mi madre y a mí a visitar a España para conocer personalmente al tío Patrocinio y demás familiares.

El día 25 de abril de 2000 partimos mi madre y yo para España. Conocimos primero a una parte de la familia que vive en Madrid y en Toledo y después partimos hacia Benavente, el día 16 de mayo, donde nos esperaba el periodista Juan Antonio Gil y el fotógrafo Claudio de la Cal, para llevarnos en su coche hasta Villaobispo y terminar la historia del encuentro de la familia Ferrero, que el periódico le había

dado inicio con mi carta publicada en 1998. Llegar a Villaobispo de Vidriales ha sido una de las mayores emociones de mi vida. Conocer al tío Patrocinio y demás familiares, compartir con ellos durante tres meses era mucho más de lo que yo había soñado.

Mi abuelo murió con la esperanza de que algún día uno de sus descendientes pudiera visitar Villaobispo pero creo que lo que nunca pudo imaginar era que esa posibilidad se nos hubiera podido dar a mi madre y a mí. Recorrí muchas veces la aldea, me gustaba caminar por sus calles, porque aunque ahora están pavimentadas, yo sentía que estaba caminando sobre las huellas de los pasos del abuelo. Acariciaba con la vista cada espacio porque era como si volviera mirar con los ojos de mi abuelo. Tomé fotografías de la casa donde nació, por fuera y por dentro, casa que hoy está ocupada por los perros de



Lucila (hija) y Patrocinio (hermano) en la casa natal de Epifanio.



La casa natal de Epifanio.



Patrocinio, hermano de Epifanio.

caza del primo Gregorio y por pacas de heno para el alimento del ganado de la prima Sina.

Fotografié la iglesia donde lo bautizaron, que hoy está en ruinas. Grabé en fotos la imagen del valle de Vidriales visto desde Villaobispo, Santibáñez y Alcubilla de Nogales. Fotografié todo lo que pude y fijé en mi memoria los nombres de los pueblitos por donde pasé, nombres que me eran muy conocido desde que era una niña y mi abuelo me contaba de su tierra, por lo que pasar por Tardemézar, Villaferrueña, Santibáñez y Bercianos era como si transitara con mi abuelo tomados de la mano. Otros nombres los recuerdo porque se me antojaron pintorescos como son Morales de Rey, Colinas de Trasmonte, Granucillo, que tiene un puente romano precioso... en

fin, tantos pueblos casi todos parecidos, con sus colores ocre, sus bodegas llenas de toneles de vino, sus iglesias con sus torres donde anidan las cigüeñas, sus ancianas vestidas de negro en luto silencio, pues las familias están recogidas en sus casas y sólo salen a regar la huerta, a misa y los hombres después de comer se van a “echar la partida” al bar. Sin embargo y a pesar de ser una vida tan distinta a la nuestra, no dejó de tener su encanto para mí, quizás y sobre todo, porque no me eran ajenos, eran lugares tan conocidos desde mi infancia, contado una y otra vez por mi abuelo.

Villaobispo y Bercianos son dos pueblos que parecen uno solo y dicen los lugareños que los divide una línea imaginaria que pasa sobre la casa de Juan Quico, justamente sobre su cama, de manera que Juan Quico duerme en Villaobispo y su esposa en Bercianos. Conocer esto me hizo recordar el realismo mágico de las novelas de Gabriel García Márquez, sólo que Villaobispo y Bercianos no se parecen en nada a Macondo. Pude disfrutar de las fiestas del Corpus Christi, participar de la procesión de Santa Bárbara y para que la vida me premiara aún más, disfruté de las fiestas de San Juan el 24 de junio, pero

esta vez, calladamente, dije sola el diálogo entre Ciutti y Buttarelli<sup>5</sup>. Unos días antes de regresar a Cuba, una tarde acompañé al tío Patrocinio y a su esposa Evelia a la huerta que queda justo al lado de la casa natal de abuelo, y allí, sin que ellos me vieran, recogí dos puñados de tierra y me los eché en los bolsillos, al llegar a la casa eché la tierra en una bolsita de nailon y me la traje para Cuba. Dos días después de regresar a Cabaiguán fui hasta el cementerio y esparcí la tierra sobre la tumba donde descansan los restos de Epifanio. Este hecho lo hago público ahora, nadie de mi familia lo supo hasta hoy, pues fue un acto íntimo entre mi abuelo y yo.



Lugar donde descansan los restos de Epifanio en el cementerio de Cabaiguán.

<sup>5</sup> La autora se refiere al que mantienen estos personajes en la escena primera del acto primero de la obra de teatro *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla. (N.E.)